

Rasgando el aire con su voz inmensa,
Cual si estuviese contra mí en acecho,
Descuidado cogióme y sin defensa.

Su aguda zarpa destrozó mi pecho,
Grité azorado, y a mi propio grito
Desperté, revolcándome en el lecho.

—¡Luz, dadme luz!—clamé con infinito
Afán, con el afán del moribundo
A quien mira su culpa de hito en hito.

—Sin el vivo calor, sin el fecundo
Rayo de la ilusión consoladora,
¿Qué fuera de la vida y qué del mundo?

¡Léjos de mí las sombras que a deshora
Llenan de espanto la conciencia humana!—
Y al decir esto, penetró la aurora
En torrentes de luz por mi ventana.

G. NUÑEZ DE ARCE

DANTE Y MILTON

La irritación contra los hombres, las miserias de Italia que había tocado como con la mano, las conversaciones con los artistas que, innovando la pintura, le daban ejemplo de atrevidas tentativas, maduraron la vasta facultad poética de Dante; y el amor, la política, la teología, la indignación le dictaron la *Divina Comedia*. Es la obra más lírica que cuenta la literatura italiana, pues traslada al canto su inspiración, el entusiasmo que lo animaba en favor de la religión, de la patria, del imperio, de sus inmortales resentimientos. Comprendió la índole del estilo nuevo, que no tolera la dignidad perpetua de los antiguos y, como acontece

en la sociedad, puso lo terrible al lado de lo ridículo. De ahí el título de *Comedia* dado a su poema (1).

El mérito principal de la obra dantesca consiste en la originalidad, que *sin detenerse a hacer ostentación de arte*, camina directamente al objeto; siempre particular en las pinturas, *sus cuadros se ven, se oye a sus personajes*; hiere y pasa. La fuerza y la concisión nunca han probado mejor de lo que son capaces que en este poema, donde cada palabra resume tantas cosas, donde se encuentra compendiado en un verso todo un capítulo

(1) «Llamo mi obra *Comedia*, porque está escrita en estilo humilde, y porque he empleado en ella el lenguaje vulgar en que se comunican sus ideas hasta las mujeres de infima clase.» DANTE. *Dedicatoria a Can. de la Scala*.

Esta mezcla de lo elevado y lo llano, de lo sublime y lo familiar es propio de toda epopeya primitiva. La frase de Cantú «dignidad perpetua de los antiguos» es aplicable sólo a los poemas puramente literarios. Recuérdese, en Homero, el cómico episodio de Ulises y Tersites, la pintura de este último: «desmañado y cojo, jorobado, con unos pocos pelos parados en una cabeza puntiaguda,» y la soberana paliza que le dio Ulises con el cetro, dejándole lleno de chichones, entre las risotadas de las tropas helénicas. En el poema de *Mío Cid*, se halla el divertido engaño del campeador al usurero judío. También es propio de la epopeya primitiva el empleo del lenguaje popular. Los poemas homéricos eran recitados y cantados por el pueblo griego. Lo que hay es que el poeta, con su prestigio, ennoblece y hace pasar a las clases elevadas y al lenguaje literario las frases y vocablos inicialmente más vulgares. La introducción parcial del elemento lírico y subjetivo en la epopeya cristiana, se explica porque una de las modificaciones traídas al mundo por el Evangelio fue el reconocimiento de la personalidad individual, casi desconocida, por el paganismo antiguo y el socialismo moderno. Hegel, con genial perspicacia, distinguió la epopeya primitiva de la meramente literaria; pero acaso nos sea permitido pensar, aunque con riesgo de incurrir en nota de temeridad, que el gran preceptista alemán, puso atención preferente a los poemas gentilicos, y atribuyó al género todos los caracteres de la especie.--(N. de la R.)

de moral, en un terceto un tratado de estilo; y que resuelve las cuestiones más absolutas, como la generación del hombre y el acuerdo entre la precencia de Dios y la libertad humana.

No pretendemos aprobar el que Dante introdujese en su poema semejantes cuestiones escolásticas; pero además de que es propio de los poemas primitivos recoger y repetir todo cuanto se hace, si en el día esas cuestiones, no hallándose en nuestras costumbres, nos parecen extrañas, entonces se discutían diariamente, y las personas instruidas se declaraban en favor de una o de otra.

El asunto escogido por Milton concordaba con el genio del protestantismo y con la profunda exaltación de los puritanos: la cuestión del bien y del mal en los destinos humanos, y el dogma de la caída, compendia las impresiones del poeta y las de sus contemporáneos. Y no solamente la creación, sino también la caída y la redención son actos de un mismo drama y no pueden separarse: el mismo Milton parece creerlo así, porque después compuso el *Paraíso reconquistado*, que algunos aprecian como no inferior al *pérdido*; pero tanto como agradan la sencillez y la viveza de su diálogo, causa su continuo argumentar. El origen del hombre tiene un interés muy distinto del que ofrecen los sitios de Tebas, de Troya, de Jerusalén o de París, y los viajes de Ulises y de Eneas; pero es estrecho el campo concedido a la imaginación en la poesía religiosa, y especialmente lo fue para Milton, que como protestante, carecía de los símbolos de representación histórica y de las tradiciones, de que se sirvieron Dante y Tasso, por lo que se vio en la precisión de acudir en busca de ellas al Talmud y al Corán.

Fue grave y meditabundo como el Dante; como él, se creyó nacido para regenerar la poesía; como él,

abusó de la erudición en las disertaciones, alusiones y sutilezas; tendió a aproximar lo jocoso a lo terrible, y el gusto depurado de su época no siempre impidió que cayese en ridículas fantasías. La monotonía del patrio cielo se revela en sus trabajos, faltos por esta razón de variedad; las tres ideas principales de que Dante se vale para pintar el paraíso son luz, música y movimiento: las imágenes del de Milton son menos espirituales, y como educado en la corte y después ciego, es más armonioso que pintoresco. Las imágenes de Dante pueden ser apreciadas por cualquiera, las de Milton sólo pueden ser comprendidas por los iniciados y valen más por lo que inspiran que por lo que representan. El italiano se espiritualizó con la meditación, despojándose de ideas terrenales, al paso que el inglés buscaba en primer lugar la forma dramática (cuyo bosquejo conservamos), y en su teología tendía al antropomorfismo y al arrianismo, tanto que a veces su Dios es más material que el que nos ofrece la lengua hebrea, y Cristo un sér superior y primogénito, pero creado. En Dante hay sentimiento intenso; en Milton pensamiento elevado: aquél describe clara y minuciosamente, rindiendo culto al número, a la medida y a las comparaciones, porque refiere suponiendo haberlo visto él todo, tocado y temido; Milton es más confuso, porque narra acontecimientos extraños a él.

Dante, sin embargo, no había presenciado más que las pequeñas conmociones de su país, y no se hubiera atrevido a hacer tan bello a Satanás, como Milton, que tuvo por modelo los arrogantes demagogos de su época. Los espíritus, recurso tan difícil en Dante, son personas humanas con sentimientos humanos: en Milton son seres sobrenaturales; ni son abstracciones ni monstruos: únicamente tienen de la naturaleza humana lo indispensable para ser comprendidos por el hombre; en cuanto a

lo demás, aparecen velados por una nube misteriosa; hasta en los demonios hay una variedad de caracteres que parecía inconsiliable con el asunto: los ángeles tampoco están dotados de esa perfección que carece de mérito porque carece de fuerza. Adán y Eva no son tan inocentes que excluyan todo contraste o ímpetu de pasión; sin embargo, es nueva la pintura de un amor que forma parte de la inocencia y de una voluptuosidad, premio de Dios. No podían esperarse curiosidad ni interés de un asunto tan conocido en el que la guerra entre el Creador y la criatura no podía contrabalancearse: así como tampoco puede excitar compasión la rebelión de los ángeles o la desobediencia del hombre.

CÉSAR CANTÚ

SOBRE UN POETA COLOMBIANO

«LA CIVILTA CATTOLICA»

16 de julio de 1921.

Enrique Revollo del Castillo—Fulgóres—Turin—Vincenzo Bona, 1921.

Cuánto sea verdad, que *poeta nascitur*, las páginas de este librito, todas fulgentes de poesía lírica, lo prueban y confirman. El argumento de estas poesías es variado, pero siempre serio y profundamente religioso.

La forma, en cuanto puede juzgar uno que no ha nacido en España, es verdaderamente brillante y respira el más puro clasicismo, sin sombra de pedantería. El poeta canta los recuerdos juveniles, las ternuras maternas, el amor a la patria; celebra las ciudades que ha visitado, Madrid, Florencia, Roma y Génova en donde habita como cónsul de Colombia. Elevándose después y espaciándose en aires más sublimes, trata de la Di-